

Homilía para el Sexto Domingo de Pascua, ciclo ‘C’

26 Mayo 2019

Lectura: Ap. 21,10-14.22-23

Autor: P. Heribert Graab S.J.

Las siguientes fuentes forman parte del texto (en parte literalmente): El Misal Schott del monasterio benedictino de Beuron, así como el actual „Impulso para la lectura“ del „Magnificat“, el libro de las horas de la Editorial Butzon & Berker Kevelaer.

Continuamente en la historia los nombres de las ciudades no sólo hacen referencia a un lugar geográfico o a ser el hogar de un gran número de personas.

Los nombres de las ciudades fueron y son también símbolos de centros políticos o de potencia económica o del modo de convivencia interpersonal y no en último término de las correspondientes ideologías.

Esto ya fue así en las épocas bíblicas: en el llamado ‘Antiguo Testamento’ se recuerda por ejemplo a la ciudad de Babilonia/Babel, la ciudad de la desmesura de las personas, que quisieron construir una torre hasta el cielo; la ciudad, cuyo nombre corresponde a una de las épocas más humildes de la historia de Israel: al exilio babilónico.

Sodoma y Gomorra corresponden a la abismal podedumbre humana, diríamos: al abuso y la violencia.

Jerusalem, por el contrario, corresponde a la ciudad de Dios en la tierra, al ideal de un dominio humano sobre las personas, que fue altamente estilizado por el Rey David.

Ya en los profetas y después en el mensaje de Jesús en el Nuevo Testamento, Jerusalem representa

también la nueva creación, la ciudad de Dios del futuro, la ciudad eterna, en la ya no habrá muerte, ni tristeza, ni lágrimas ni agobio.

También en nuestra época tenemos nombres de ciudades con significados simbólicos, que van más allá de la realidad simbólica:

pensemos en Washington, Moscú, Pekín o también en Jerusalem, en Roma o incluso en Asís.

Para un auténtico habitante de Colonia, también Colonia tiene un significado eminentemente emocional y simbólico.

El artístico slogan “¡ama tu ciudad!” se refiere a Colonia.

¿A qué ciudad referirían ustedes esta exhortación “¡ama tu ciudad!”? Y ¿por qué?

Silencio

Probablemente encontramos también referencias actuales en el segundo plano histórico de la Lectura de hoy, en cuyo centro están dos nombres de ciudades.

El ídolo de esta imperialista y dictatorial Roma obliga a los seres humanos a su servicio, fuerza a la adoración con violencia y asesina a todos los que se nieguen a servir a los ídolos.

Por tanto, muy diferente es la verdadera ciudad de Dios, Jerusalem, en la que no hay ninguna presión, sino que reina el amor.

Por consiguiente, dos sujetos: el segundo es muy diferente al primero.

Jerusalem está representada como ciudad de Dios, como una ciudad de legendaria grandeza y belleza, excelentemente construida con los materiales más valiosos y adornada en abundancia,

Sin embargo, después se dice:

“No se veía ningún templo en la ciudad”

¿Cómo se conjunta esto?

Con su visión Juan quiere hacer comprender

a las comunidades ya acosadas entonces,
que la más poderosa ciudad en la tierra, la grande y
centelleante Roma, es un falso dios, un ídolo,
una nada.

Así imponente e invencible el poder central romano
se porta ahora también, así los pueblos tiemblan ante
ella, el verdadero poder habita en otra parte,
es decir, en una nueva Jerusalem,
en la que Dios permanece en medio de los seres
humanos, sin que necesite un templo ni sacerdotes,
sin culto de víctimas
Por otra parte, cuando el ídolo Roma

Silencio

Juan nos muestra a un Dios, cuyo esplendor
resplandece claramente en un ser humano,
que a los ojos de Roma merece,
como agitador rebelde, una muerte ignominiosa.
Pero de este hombre dice la Biblia
que ha vivido tan en la cercanía de Dios,
que quiso amar a los seres humanos sin condiciones
previas.
Una ciudad, una comunidad que puede creer esto
está en lo cierto.
No necesita puertas cerradas llena de temor
y no necesita ninguna otra luz.
“Pues la gloria de Dios la ilumina,
y su lámpara es el Cordero.”

Silencio

Así será, cuando Dios complete su obra,
sobre esto sólo se puede hablar en imágenes y
parábolas.
En la Lectura de hoy aparece la comunidad de los
salvados, como la resplandeciente ciudad de Dios,
con altas murallas y doce puertas,
que están abiertas para todos los pueblos de la tierra.
A todos se ofrece paz, seguridad, eterna dicha.
Ya no necesita ningún templo,
toda la ciudad está llena de la presencia de Dios

y se ilumina por la luz de Cristo.

Esta visión presenta el futuro más allá de la historia;
pero interpreta y dirige también el presente.

Amén.

www.heribert-graab.de

www.vacarparacon-siderar.es